

**Benjamin Black**

# **VENGANZA**

*Traducción de Nuria Barrios*

punto de lectura



Davy Clancy no era un buen marinero; de hecho, temía el mar en secreto. Pero allí estaba aquella hermosa mañana de verano, a punto de zarpar en un barco que más le parecía un juguete grande y complicado. Según decían todos, era un día perfecto para estar en el agua. No decían que fuese un día perfecto para estar en un barco o para salir a navegar. No, decían: «Un día perfecto para estar en el agua», como si fuese una consigna. Y todos eran tan joviales y dinámicos, con aquellas sonrisas engreídas y pagadas de sí mismas que daban dentera. Al contrario que él, aquellos hombres de piel atezada sabían lo que hacían. Ataviados con gorras de mar, pantalones cortos caquis y jerséis informes, jugaban a ser viejos lobos de mar. Y sus curtidas y vociferantes esposas, lobas de mar, pensó Davy con lúgubre humor. Él no pertenecía a aquel ambiente, con aquellos hombres de indolente pericia. No era uno de ellos. Lo sabía y ellos también lo sabían y, por más que redoblaran su cordialidad, Davy entendía qué significaba aquella mirada en sus ojos, aquel brillo de condescendiente desdén.

Era junio. A pesar de que había llovido todos los días durante la primera semana de vacaciones, la mañana se había levantado cálida y soleada, sin una pizca de viento. La marea estaba alta y el agua tenía un aspecto hinchado y perezoso, y en la superficie aceitosa brillaban listas de color zafiro, rosa y azul petróleo. Davy intentó no pensar en lo que había debajo, peces de inmensos ojos abriéndose camino en la lóbrega oscuridad y criaturas con pinzas correteando en el fondo, luchando a cámara lenta, devorándose unas a otras. Victor Delahaye había llevado el jeep

hasta la parte delantera de la casa y juntos habían traqueado en silencio durante dieciséis kilómetros por la carretera de montaña que descendía a la bahía de Slievemore. Salir a navegar era lo último que Davy deseaba, pero le había resultado imposible negarse.

—Puedes hacerme de tripulación —le había dicho Delahaye la noche anterior en el bar de Sweeney.

Por alguna razón, todos habían reído. Todos, menos el propio Delahaye y su esposa, que había clavado sus ojos en Davy con aquella sonrisa suya, aunque sin decir una palabra. Y ahora ahí estaba él, a punto de aventurarse en contra de su voluntad en aquel mar de apariencia inofensiva y alarmantemente tranquilo.

La relación de los Clancy y los Delahaye se remontaba tan lejos como se pudiera recordar. Samuel Delahaye y Philip Clancy se habían asociado a finales del siglo diecinueve para transportar carbón en barcos desde Gales. Más tarde, Samuel Delahaye se dio cuenta del potencial de los coches de motor, y los socios abrieron uno de los primeros grandes talleres del país, contratando a mecánicos de Inglaterra, Francia e Italia. El negocio prosperó. Aunque los fundadores eran socios a partes iguales, todo el mundo supo desde el principio que Samuel Delahaye era el jefe y Phil Clancy simplemente su director. Phil —el pobre Phil, como la gente solía decir— no tenía una personalidad fuerte y había aceptado sin protestar ser el subalterno. En la actualidad, el hijo de Samuel, Victor, estaba al mando de la empresa, y el hijo de Phil Clancy, Jack, era su socio y, sin embargo, todo continuaba igual que en los viejos tiempos, con Delahaye al mando y Clancy de segundo de a bordo. Pero, a diferencia de su padre, a Jack Clancy le disgustaba su posición subordinada. Le disgustaba profundamente, aunque se esforzaba en ocultar su insatisfacción y casi siempre lo conseguía.

Se sobrentendía que un Clancy no podía decir no a un Delahaye. Por eso Davy Clancy se había limitado a sonreír y encogerse de hombros cuando, la noche anterior

en Sweeney, Victor Delahaye, que iba camino de pillar una buena borrachera, se inclinó sobre la mesa y con expresión torcida le invitó a navegar en el *Quicksilver*. Davy no sabía nada de barcos, pero todo el mundo se rió y alguien le dio unos golpecitos en el hombro. ¿Qué podía hacer sino decir que sí, gracias, por supuesto, y enterrar a continuación la nariz en el vaso?

—Muy bien, te recogeré a las nueve —dijo Delahaye, enseñando los dientes en una amplia sonrisa, y, a continuación, se alejó hacia la barra.

Y fue entonces cuando la mujer de Delahaye le miró y curvó sus delgados labios en una sonrisa burlona.

Las dos familias pasaban juntas las vacaciones de verano, según una tradición que se remontaba a los tiempos de Phil y Samuel. Davy no comprendía por qué sus padres la seguían manteniendo. El viejo Phil chocheaba y vivía en una residencia y Samuel Delahaye estaba postrado en una silla de ruedas, y por más que el padre de Davy y Victor Delahaye pretendieran ser amigos, era un secreto a voces que sus relaciones eran pésimas. Por si fuera poco, Mona Delahaye, la joven esposa de Victor —la segunda, ya que la primera había fallecido—, apenas dirigía la palabra a la sufrida madre de Davy. A pesar de ello, verano tras verano todo el grupo se instalaba el mes de junio en Ashgrove, la casona de piedra que los Delahaye poseían en la ladera trasera de la colina de Slievemore, a media pendiente. La construcción tenía diez o doce dormitorios, más que suficientes para acomodar a Victor Delahaye, su esposa y sus hijos gemelos, Jonas y James, que ya eran mayores. Así como a la hermana soltera de Victor, Marguerite, a quien todos llamaban Maggie, y a los tres Clancy. Aquel año había un invitado más, la novia de Jonas Delahaye, Tanya Somers. Tanya, que estudiaba en el Trinity College, resultaba tan seductora y provocativa con su bañador negro que, excepto su novio y Jack Clancy, por supuesto, los demás hombres del grupo apenas se atrevían a mirarla.

Una situación que añadía más tensión si cabe al ambiente ya tenso de la casa.

El pequeño puerto estaba rebosante de barcos aquella mañana y las voces de los propietarios resonaban fuertes y claras sobre la superficie inmóvil del mar entre el golpeteo de las cuerdas y el tintineo de los accesorios metálicos. Victor Delahaye era el comodoro del Club de Vela Slievemore esa temporada y a cada paso era saludado calorosamente, pero él apenas contestaba. Parecía preocupado y sus espesas cejas negras se fruncían en una profunda línea vertical. Davy pensó que tendría resaca. Delahaye llevaba sandalias, pantalones blancos, una camiseta de algodón azul marino y la juvenil gorra azul de marinero que había comprado en un viaje de negocios a Grecia. Tenía un rostro moreno de facciones marcadas que lucía con aplomo la cuarentena. Mientras caminaba dócilmente tras Delahaye, Davy estaba seguro de que los demás sabían que él sólo era un marinero de agua dulce sin remedio.

El *Quicksilver* estaba atracado al final del pantalán de piedra, con las velas plegadas. Lejos de parecer un juguete, de cerca tenía las amenazadoras líneas bruñidas de un gigantesco pez espada blanco. Delahaye saltó con agilidad a la cubierta, pero Davy titubeó. En una ocasión, un profesor de ciencia le había comentado que basta el empuje de una mano en el casco para mover un navío tan grande como un trasatlántico. Harkins se llamaba, un miembro de los Hermanos Cristianos que había sido trasladado por acosar a los niños de primaria. Sus palabras, destinadas a impresionarle, habían producido el efecto contrario: la imagen de un objeto tan inmenso rendido a la fuerza de una mano infantil le había aterrorizado. Delahaye ya estaba soltando la cuerda de amarre del bolardo. Tan pronto como Davy puso un pie en la cubierta, el barco se balanceó un instante y sus tripas se encogieron. El contraste entre la pétrea solidez del pantalán y la torpe estabilidad del barco le revolvió el estómago. Con aire sombrío, anticipó que iba

a marearse y se imaginó con la cabeza sobre la borda, entre arcadas y vómitos, mientras Delahaye permanecía de pie a su lado con las manos en las caderas y aquella sonrisa suya, fría y cruel, que dejaba al aire sus dientes.

Aunque Davy se había preguntado cómo iban a navegar sin viento, Delahaye se dirigió a la parte trasera, ¡la popa!, y encendió un motor fueraborda. Que aquel barco tuviera un motor le pareció a Davy una especie de trampa y se animó un poco. Pero entonces el barco hizo una guiñada para salir del embarcadero y realizó una cerrada curva sobre el agua aceitosa y Davy tuvo que sujetarse al raíl para no caerse al suelo. Con el timón entre las manos, la gorra sobre los ojos y su recia mandíbula cuadrada, Delahaye parecía Gregory Peck en el papel del capitán Ahab. Una vez más, Davy se preguntó qué hacía deslizándose hacia el inmenso y desolado horizonte a bordo de aquel barco, que le había resultado gigantesco amarrado al embarcadero y que ahora le provocaba tanta inseguridad como si fuera una balsa de madera. Pensó que tal vez sabía la respuesta, y esperó equivocarse.

La velocidad le sorprendió. En escasos minutos se habían alejado del cabo y entrado en mar abierto. Delahaye estaba inmerso en el trabajo: apagando el motor, desplegando las velas, tensando los cables y amarrando las cuerdas a los accesorios metálicos de la cubierta. La brisa era buena y la superficie del mar estallaba en danzantes puntos blancos. Davy se sentó en un banco en la parte de atrás —¡la popa, la popa!—, intentando quitarse de en medio. Aunque para Delahaye era como si no existiera. Un pájaro negro de largo pico pasó volando en veloz línea recta unos treinta centímetros sobre la superficie del mar. ¿Adónde se dirigía con tanta urgencia, tanta decisión? Las grandes velas se estremecían y chocaban entre sí hasta que el viento repentinamente las llenó y de un solo golpe el barco dio un salto hacia delante, levantando su frente puntiaguda —¡la proa, la proa es su nombre!— como si fuera a volar.

Davy cerró los ojos, pero al hacerlo se mareó y los abrió de nuevo y fijó su mirada lastimera en el horizonte bamboleante. Todo se tensaba hacia delante, el mástil y las velas tirantes como la cabeza curvada de una ballesta y el agua golpeando y lamiendo los tablones. No debían de ir a más de veinticinco o treinta kilómetros por hora —¿o eran nudos?—, pero tenía la sensación de navegar a una velocidad vertiginosa, volando sobre las pequeñas olas, sin apenas rozar la superficie. Sus manos aferraban el banco con tanta fuerza que los dedos empezaron a dolerle.

Una vez que todo estaba en funcionamiento, Delahaye pasó junto a él en dirección a la parte trasera del barco, y Davy sintió su olor: sal, sudor, loción para el afeitado y algo más, algo intenso, agrio, amargo. Se sentó ante el timón y Davy se giró en su asiento hacia él. La visera de la gorra ocultaba los ojos de Delahaye. ¿Qué estaría pensando? Davy sintió miedo no sólo por el mar.

¿Qué sentido tenía navegar? Davy lo desconocía y nunca le había interesado averiguarlo. Para los Delahaye navegar, moverse en los barcos, era tan natural como andar. Los gemelos Delahaye, Jonas y James, eran avezados regatistas y tenían trofeos para mostrarlo. Habían formado parte de la tripulación del barco de algún millonario en una Copa América. Hasta su tía Maggie era una experta navegante. El padre de Davy había intentado interesar a su hijo, y él se había esforzado, pero no había servido de nada: no podía superar su aversión a aquel reino misterioso y traicionero cuyo principal objetivo era, en lo que a él concernía, arrastrarle al fondo y ahogarle.

—¿Estás bien? —gruñó Delahaye, sobresaltándole.

Él asintió, intentando sonreír. Aunque los ojos de Delahaye continuaban ocultos bajo la visera de la gorra, sabía que le estaba observando. ¿Qué estaría pensando? ¿*Qué?*

Davy miró hacia atrás: la tierra era una línea oscura e informe. ¿Adónde se dirigían? El horizonte estaba vacío. Se dirigían hacia el sur, no avistarían tierra hasta...

¿Hasta dónde? ¿España? Sin duda existía algún tipo de marcador, una boya o algo similar, para avisarles de que debían girar y volver. Pero seguían avanzando y en cada kilómetro —¿cada milla náutica?— el mar se hacía más profundo. Imaginó la plataforma costera cayendo de forma inexorable en el silencio y la extrema oscuridad. Cerró de nuevo los ojos y de nuevo se sintió mareado.

Delahaye decía algo sobre la madre de Davy:

—¿La has visto esta mañana antes de que nos fuéramos?

Davy no supo qué contestar. Parecía una pregunta con trampa, pero ¿cuál podía ser la trampa?

—Sí —dijo con cautela—, sí, la vi. Me preparó el desayuno.

Con náuseas, recordó las lonchas de bacon, el pan frito, la yema del huevo resbalando por el plato. Sus ojos se cerraron solos. Su mente voló.

—Bien, eso está bien —dijo Delahaye.

Davy aguardó, pero el tema de su madre parecía haberse agotado. Volvió a mirar hacia atrás, a la línea cada vez más delgada de tierra. ¿Debía sugerir que regresaran? ¿Debía decir que había quedado con alguien? Eran las diez y media. Podía decir que tenía una cita, que había quedado a las once y media. Pero esa excusa le pareció poco plausible. Con todo, no podían seguir avanzando de aquella manera hacia el horizonte desnudo. ¿O sí?

—¿Hablas con tu padre? —le preguntó Delahaye repentinamente—. ¿Él y tú... charláis?

Una vez más, Davy se sintió confuso. ¿Qué nuevo tema era ése y adónde quería llegar?

—De vez en cuando nos tomamos una pinta juntos —dijo.

Delahaye hizo una mueca desdeñosa:

—Lo que quiero decir es si tú *hablas* con él. ¿Le cuentas de tu vida: qué haces, qué planes tienes...? Ese tipo de cosas.

—No, la verdad es que no —a pesar de la fresca brisa en su rostro, Davy había empezado a sudar; sentía la humedad en sus muñecas y entre sus escápulas—. Mi viejo y yo no somos... —se interrumpió, sin saber qué decir.

Delahaye asentía, lenta y reflexivamente.

—No, en realidad, padres e hijos no hablan, ¿verdad? Yo no hablo con los chicos, con los gemelos, no mucho en cualquier caso. Lo hacía cuando eran pequeños, pero ahora... —con la mano que no sujetaba el timón rebuscó la cajetilla de Churchman en un bolsillo del pantalón y se puso un pitillo entre los labios, aunque no lo encendió. Davy deseaba ver sus ojos, si bien percibía su centelleo bajo la visera de la gorra, le era imposible adivinar su expresión—. Mi padre, en su época, tampoco hablaba mucho conmigo. Y ahora no hablamos absolutamente nada —Delahaye soltó una áspera risa.

Dos pájaros blancos se zambullían en busca de peces. Ascendían muy alto haciendo tirabuzones y, entonces, con un rápido aleteo, se giraban, plegaban las alas y se lanzaban en picado, salpicando apenas cuando entraban en el agua.

Davy levantó el brazo de manera ostensible para consultar su reloj.

—Me pregunto si tal vez... —empezó, pero Delahaye, sin escucharle, le interrumpió.

—Mi padre tenía una inmensa confianza en sí mismo. Confianza en sí mismo y lealtad. Solía decir: «Un hombre no vale gran cosa si no confía en sí mismo y no vale nada si los demás no pueden confiar en él» —cogió el cigarrillo apagado de su boca y lo hizo girar entre los dedos—. En una ocasión me llevó de paseo en coche. Yo tenía... No sé, ¿seis, siete años? Era pequeño, en cualquier caso. Entonces vivíamos en Rathfarnham. Atravesamos la ciudad y seguimos hasta Phibsborough, o Cabra, o algún lugar cercano. Detuvo el coche delante de una tienda que había en la esquina de una calle y me envió a que me comprara un helado. Creo que nunca había estado solo en una

tienda —se había inclinado sobre el timón, parecía relajado y sonreía levemente mientras recordaba—. En fin, me dio el dinero y allá fui a comprar un corte. ¿Sabes a qué me refiero? ¿Un corte helado? Cuando salí, él no estaba. Se había ido. No estaban ni mi padre ni el coche, nada.

Calló. En el silencio sólo se escuchaban el golpeteo de las olas contra la proa y los chillidos de las aves marinas.

—¿Qué hiciste? —preguntó Davy, expectante.

De nuevo Delahaye parecía no oírlo. Lanzó el cigarrillo hacia atrás por encima de su hombro y la estela espumosa lo tragó.

—Tuve una sensación extraña, aún me acuerdo, como si mi estómago se hubiera descolgado mientras el corazón me latía con fuerza. Debí de permanecer fuera de la tienda mucho rato, como si hubiera echado raíces, porque lo siguiente que recuerdo es el helado goteando sobre los dedos de mis pies, que asomaban por las sandalias. Todavía puedo ver la esquina, el bordillo pintado en segmentos blancos y negros y la ferretería al otro lado de la calle. Lo más raro es que no lloré. Entré en la tienda y le dije al tendero que mi papá se había ido sin mí. El tendero fue a la trastienda y regresó con su esposa, una mujer grande y gorda en delantal. Me sentaron en el mostrador, imagino que para verme bien y comprobar si estaba contándoles mentirijillas. La mujer recogió lo que me quedaba del helado y me limpió las manos con un trapo húmedo y el tendero me dio un caramelo con azúcar de cebada. Yo me daba cuenta de cómo se miraban el uno al otro, sin saber qué hacer. Aún recuerdo el sabor de aquel caramelo —se rió mientras movía la cabeza.

Davy fue a hablar, pero la voz no le salió y tuvo que carraspear para aclararse la garganta:

—¿Qué sucedió? Quiero decir, ¿volvió a buscarte? Delahaye se encogió de hombros:

—Claro. A mí me pareció que habían pasado horas, pero imagino que no debieron de ser más de diez o quince minutos.

—¿Dónde había estado? ¿Adónde había ido?

—A la vuelta de la esquina. Se llevó al tendero aparte para hablar con él y le dio una libra. La mujer le miró como si fuera a escupirle, antes de darse la vuelta y regresar a la trastienda con un portazo. Y nos volvimos a casa. Ven, coge el timón.

Se levantó e intercambiaron puestos. El timón estaba caliente y húmedo allí donde Delahaye lo había sujetado. También las palmas de Davy estaban húmedas. Seguía sudando, aunque al mismo tiempo, sin otra prenda que la camisa, tenía frío y deseó haber llevado un cortavientos. De nuevo le asombró lo absurdo que era estar allí, deslizándose sobre Dios sabe cuántas brazas de profundidad. ¡Y pensar que la gente navegaba por diversión y recreo!

Delahaye estaba recogiendo las velas, había empezado con la pequeña que se encontraba delante para seguir con la más grande.

—Confianza en uno mismo, ¿ves? Una lección de confianza en uno mismo —dijo—. «Has sacado un caramelo de esta historia, ¿no es cierto?», fue todo lo que me dijo mi padre. «Y apuesto a que la mujer se ha volcado contigo. Y no has llorado.» Eso era lo más importante, que yo no hubiera llorado.

Había plegado con destreza la vela grande y la estaba atando al travesaño horizontal del mástil con una cuerda desteñida por la sal. El barco, al aminorar la velocidad, vaciló como si estuviera confundido, hundió la nariz y se retrepó con una especie de suspiro, hundiéndose ligeramente en el agua y, durante un segundo o dos, perdieron el sentido de la orientación y el mar alrededor de ellos pareció girar alocado sobre su eje. El repentino silencio despertó un zumbido en las orejas de Davy. Delahaye se secó las manos en los pantalones, tomó asiento en un gran cofre de roble, dispuesto longitudinalmente en medio de la cubierta, y se recostó contra el mástil. De repente, parecía fatigado. Se levantó la gorra para refrescarse la

cabeza y luego se la volvió a encasquetar, pero esta vez no ocultó los ojos.

—Lo que no entendí entonces y aún sigo sin entender es dónde queda la lealtad en la lección que me dieron —miró a Davy con una extraña e inquisitiva candidez—. ¿Tú qué piensas?

Davy apretó todavía más los dedos en torno al timón.

—¿Acerca de qué?

—De la lealtad. Eres un Clancy, debes saber qué significa la lealtad, ¿no? O, al menos, su ausencia —sus ojos tenían un llamativo color gris, como lajas de sílex. Incapaz de sostener su mirada, Davy apartó la vista—. Vamos, Davy, déjame escuchar lo que piensas sobre ese tema tan importante —dijo Delahaye con suavidad, con un tono casi halagüeño.

—No sé qué decir —contestó Davy—. No sé qué esperas que diga.

Delahaye permaneció en silencio durante un largo momento y luego asintió con la cabeza, como si acabara de confirmar algo. Se levantó del arcón de madera, alzó la pesada tapa y rebuscó en el interior hasta sacar un bulto envuelto descuidadamente en un trapo sucio de aceite. Parecía estar hundido en sus pensamientos, mientras sopesaba el objeto en la mano.

—Ya no se valora la lealtad. La lealtad. El honor. Lo que antes se llamaba decencia. Todo eso ha desaparecido.

Comenzó a abrir el trapo y Davy se escuchó decir o más bien exclamar algo como *¡Guau!* Miró alrededor con cara de espanto, como si, incluso allí, en mar abierto, hubiera un lugar donde refugiarse. Y, al mismo tiempo, no podía evitar sentir unas extrañas ganas de reír.

—Sí —dijo Delahaye como si leyera sus pensamientos y compartiera su desesperada excitación—, es jodidamente feo, ¿verdad? Un Webley, Mark... —acercó el revólver a los ojos y escrutó con esfuerzo el armazón tras el cilindro—, Mark VI. Papá se lo compró a un tipo duran-

te la guerra civil, eso creo —miró de soslayo a Davy con una media sonrisa—. Sí, funciona, lo he probado.

Se sentó de nuevo con el revólver colgando en las manos, entre sus rodillas. Era un artefacto de apariencia absurda, grande y pesado y de unos treinta centímetros de longitud, con un cañón biselado y un percutor que sobresalía como una lengua de plata. Había un ligero mar de fondo y el barco se balanceaba suavemente de un lado a otro y el sonido de las pequeñas olas contra el casco recordaba un alegre murmullo. Davy miró al cielo en busca de orientación, pero en el cielo no había una sola nube. El barco no parecía moverse, como si estuviera anclado, pero imaginó que debían de estar a la deriva, a merced de la marea y la brisa, y que sólo parecía inmóvil porque no había nada con que contrastar el movimiento. Le asombró lo tranquilo que se sentía, casi sereno. Como si hubiera participado en una carrera, en un maratón durante tanto tiempo que hubiera olvidado que estaba corriendo y sólo ahora, cuando todo se había detenido, lo recordara. ¿Por qué no estaba asustado? ¿Por qué no estaba aterrorizado?

—Si hubiera tiendas por aquí, te habría mandado a comprar un helado —dijo Delahaye, y riendo giró el revólver, puso el cañón contra su pecho y apretó el gatillo.

Lo que más impactó a Davy fue la enorme cantidad de sangre, eso y el vivo color rojo de ésta, un color que le recordó las arañas o insectos o lo que fueran las diminutas motas escarlatas que se arrastraban por los rosales del jardín de su abuelo y que tanto le fascinaban cuando era pequeño. La sangre tenía un ligero olor, especiado y un tanto dulce. En el lado izquierdo del pecho de Delahaye, la bala había dejado un agujero negro, con un borde irregular del color de las frambuesas aplastadas. La sangre había empapado con rapidez la parte inferior de la camiseta azul de algodón y el regazo de los pantalones blancos,

había goteado entre sus piernas y había formado un charco en la cubierta, del que salía un riachuelo. Davy consiguió extraer el paquete de Churchman del bolsillo del pantalón de Delahaye. No sabía por qué, pero le pareció importante que los cigarrillos no se mancharan de sangre. Consultó su reloj, como si saber la hora fuera asimismo importante.

El disparo había lanzado a Delahaye hacia atrás, tumbándolo con una expresión de asombro en la cara. En el primer instante, Davy pensó que el barco iba a volcar, tal era la violencia con que se movía de un lado a otro. Pudo ver cómo los dos se hundían juntos, y de pie atravesaban la deslumbrante luz, las sombras, hasta entrar finalmente en la negrura abisal.

Lo peor era que Delahaye no estaba muerto. Lo estaría pronto, eso era seguro —Davy nunca había visto morir a nadie, pero sabía que Delahaye estaba a punto de palmar—. De momento resollaba, como un niño que ha dejado de llorar e intenta recuperar el aliento. Gimió una vez y pareció querer decir algo. Por suerte, tenía los ojos cerrados. Se había resbalado del arcón y estaba sentado en un extraño ángulo. El revólver había caído entre sus piernas y la empuñadura estaba en el charco de sangre sobre la cubierta.

Davy se inclinó hacia delante, sujetándose con una mano a la como-se-llamara, a la borda. *Odiaba* los barcos, los *odiaba*. Sujetó el revólver por el cañón y lo lanzó fuera del barco tan lejos como pudo; cayó en el agua con un cómico *plaf*. El joven se sentó y en ese mismo instante se dio cuenta de que no debería haberlo arrojado. ¿Pensarían que él había matado a Delahaye? ¿Y qué si lo pensaban? Maldijo una y otra vez mientras se golpeaba la rodilla con el puño.

Miró alrededor, escrutando el mar. No se veía ningún barco. ¿Qué debía hacer? En medio de la cubierta había un charco de agua hacia el que se dirigía el delgado arroyuelo de sangre. El agua se estremecía y balanceaba al

compás de las pequeñas olas que golpeaban el casco. No era un charco grande, pero ¿y si no era agua de lluvia sino agua de mar procedente de una grieta? En las películas, las grietas que se abren en los cascos de los barcos se ensanchan en segundos y el mar irrumpe expulsando a los marineros y haciendo que sus literas floten hasta tocar el techo. Tal vez Delahaye había perforado un agujero en el fondo, un agujerito que se haría más y más grande.

Davy observó al hombre moribundo. Su rostro tenía el color gris azulado de la masilla, y una fina capa de sudor cubría su frente y el labio superior. Su respiración se había hecho más lenta. Miró su reloj y le sorprendió comprobar que ni siquiera habían pasado tres minutos desde que Delahaye había disparado la pistola. ¡Tres minutos! Davy se sentía como si estuviera flotando encima del barco y observara lo que allí abajo ocurría: Delahaye caído, los dos charcos —el de sangre y el de agua—, y él mismo, aterrorizado y acurrucado en la popa, aferrándose a los laterales del barco. Le asaltó la idea de que también él iba a morir, perdido en el mar en un barco zozobrando.

Un avión apareció en el sur con dirección al norte, hacia Dublín. Davy saltó y movió los brazos frenéticamente. El barco empezó a balancearse con violencia y, sintiéndose como un imbécil y mareado, volvió a sentarse. El avión estaba demasiado alto, nadie lo vería e, incluso si alguien lo veía, pensaría que era un pescador medio idiota saludando a los turistas que pasaban.

Observó el motor fueraborda. No tenía ni idea de cómo encenderlo. ¿Necesitaría una llave de contacto? Se volvió hacia Delahaye y le escuchó tragar. ¿Tendría estómago suficiente para rebuscar otra vez en aquellos pantalones empapados de sangre? Gateó hasta él y tanteó con los dedos el exterior de los bolsillos. No palpó ninguna llave. Tal vez Delahaye la había arrojado al mar. «Una lección de confianza en uno mismo.» Volvió a sentarse en el banco. El sol ya estaba alto y le atizaba en la coronilla,

podía sentir las gotas de sudor deslizándose por su cabeza como insectos. Recordó de nuevo aquellos ácaros color sangre en el jardín del abuelo Clancy.

Delahaye abrió los ojos al cielo y, deslumbrado, frunció el ceño. Gruñó y forcejeó como si intentara incorporarse, masculló una hilera de palabras incomprensibles en un tono que parecía irritado y entonces se desplomó en silencio y murió.